

**ALEX  
TXIKON  
MANASLU INVERNAL**

# SOBREVIVIR

Manaslu, 6 de enero de 2023

El mosquetón empieza a deslizarse por la cuerda y la sujeto como buena-mente puedo. He perdido, como máximo, cinco metros de altitud y tengo que pasar el mosquetón de seguridad de nuevo a la otra cuerda. Es casi una tortura. Debido a las manoplas tan grandes que llevo puestas y, sobre todo, a los cuatro parches térmicos de pimienta cayena que me he colocado en cada mano, me siento muy torpe, incapaz de completar cualquier movimiento que requiera algo de precisión.

Antes de comenzar a bordear la zona de roca, contemplo el paisaje una vez más. No sé si me equivoco, pero diría que veo el Annapurna IV, la figura puntiaguda del Machapuchare, y aquel otro de allí puede ser... ¡el Daulaghiri! No sé si serán o no, me asaltan las dudas, pero la verdad es que me reconforta saber que están ahí.

El viento no deja de soplar, está intratable y me tiene absolutamente aterrado. Es un viento helador que pule la superficie nevada, arrastra millones de cristales y me desestabiliza. Alcanzo una vez más un punto donde el mosquetón de seguridad no se desliza, la cuerda está anclada. Repito la operación de pasarla con mis torpes manos. Pero al menos están calientes.

La cabeza no para de dar vueltas mientras descendemos de la cumbre y, aunque parezca mentira, se entrecruzan las mismas preguntas, una y otra vez. ¿Me habré puesto bien los parches de cayena? ¿Me habré puesto demasiados en las manos? En mi pie izquierdo llevo el parche pegado directamente a la piel, lo mismo en las manos, pero en mi pie derecho lo he fijado al calcetín. ¿Cuál de los dos pies se me va a congelar?

A diferencia de otros muchos días, no me siento en absoluto cómodo ni ágil. La cabeza vaga libre y se empeña en torturarme con sus dudas y cuestiones. Consigue convencerme de que no he acertado en cómo voy vestido.

He metido la cantimplora en el bolsillo izquierdo del mono de plumas. No la suelo llevar ahí, procuro que vaya en el pecho, calentita, para evitar que el agua se congele. Pero no me ha quedado otra opción, porque antes de salir del campo

III (6.950 m) ya tenía la cremallera del mono congelada. Eran las 23:00 h, el momento de nuestra partida hacia la cumbre. He intentado subir la cremallera un poco más, pero mi empeño no ha servido para nada, ha sido una labor imposible. Estaba completamente congelada y por más que tiraba, no avanzaba ni un diente. Tanto he tirado de ella que la he roto. ¡Mierda! Por eso he tenido que meter en ese bolsillo la cantimplora de agua de un litro.

A partir de ese momento, por la zona rota ha comenzado a colarse el aire helador en la zona del pecho y la garganta. Menos mal que llevo varios *buffs* y el pasamontañas gordo. A éste le hice hace años un agujero cutre con la navaja, un apaño de andar por casa. Ese agujero es mi respiro, por ahí tomo el aire mientras camino. Pero hoy, con el frío, se ha formado una bola de hielo del tamaño de un puño que cuelga y tira hacia abajo del pasamontañas. Para colmo, los tensores de goma de ambos lados se han congelado y me incomodan un montón. Es un fastidio añadido.

En el bolsillo derecho de encima de la rodilla he puesto los dos teléfonos, mientras que en el de la izquierda guardo cuatro geles y las pegatinas que aprovecho para reparar los agujeros que podemos hacer en nuestras capas exteriores de ropa. Como para todo siempre hay una primera vez, en esta expedición he añadido unos crampones automáticos, y, para poder tensarlos, vienen equipados con una cinta que da la vuelta a los tobillos. Ahí está otro de mis problemas. Creo que los he tensado demasiado y me están machacando.

No acaba ahí la cosa. El parche del pie izquierdo no me lo he debido de poner bien, el contacto es bastante molesto y siento como me tira de la piel. Va a ser que mi cabeza tiene razón al cuestionarme. Menos mal que la mochila va muy ligera, igual que durante el ataque a la cumbre del Nanga Parbat, en 2016. En ella he colocado el casco con el que he escalado todo el año, unas manoplas, la chaqueta de pluma fina, y dos parches más. En el único bolsillo de la mochila guardo un mechero extra, parte del botiquín, una segunda navaja, las baterías de recambio de la frontal y un par

En el pasamontañas se formó una gran bola de hielo.





*Superada la última gran grieta,... ¡estamos fuera de peligro!*

—¿Crees que puedes hacer ahora unas declaraciones, que podamos grabar un par de audios para enviar a las radios? —me pregunta Eneko.

La pregunta flota unos instantes, pesada. La cabeza y el corazón al unísono me dicen lo mismo.

—No, Eneko, no es el momento, ahora no puedo. Aún hay mucho fregado por delante. Cuando lleguemos al campo I, tal vez sí. Creo que entonces estaré en condiciones. Hablamos entonces, ¿te parece? —le contesto sereno. Así quedamos.

Una vez que cortamos la comunicación, empezamos con el descenso hacia campo II (6.200-6.300 m), el lugar en el que habíamos hecho el primer vivac.

Como Mayla ha perdido en el accidente su mochila, además de gafas y otras cosas, cargo en la mía lo que ha podido recuperar mientras ascendía. No me importa, es un alivio ver que va bien. Tiene algo de dolor, lógico, pero dice que le resulta soportable. Aparentemente está en perfecto estado. La verdad es que aún no doy crédito, porque ha sido una caída terrible.

La bajada resulta más peligrosa de lo que pensaba, veo que algunas avalanchas han barrido zonas por las que tenemos que pasar. Bueno, toca seguir y seguir. En cualquier caso, vamos mucho más relajados, hay menos tensión. El primer tramo va bien, hay zonas en las que aún está marcada la zanja que abrimos ayer durante la subida. Son campas de nieve, como me vacilan muchos de mis amigos escaladores. Me lo dicen desde el cariño, pero me llaman el *pisacampas*, *ja, ja, ja*. Yo les digo que, venga, que así se deshacen de mí durante una temporada. Y es que entre los días previos y luego la expedición, suele haber un periodo de más de tres meses en los que no puedo ir a escalar.

Soy bastante bromista, los que me conocen, lo saben. Así que acepto bien esos vaciles de los amigos. “*Donde las dan, las toman*”, dice el refrán. Dicho esto, este *pisacampas* y parte del equipo seguimos con nuestro descenso y creo que por primera vez hoy, 6 de enero, avanzamos y gozamos. Vemos allí atrás a Lama, Chhepal y Ang-Gyalu, están cada vez más cerca de nuestro segundo vivac, mientras nosotros avanzamos por una de las zonas más amables del Manaslu. Si tenemos en cuenta todo lo que hemos pasado durante la noche pasada, lo brutal que ha sido subirse hasta la cima, esta tregua en la bajada es casi una obligación por su parte. Esta montaña nos debía este pequeño respiro.

Sigo con mi costumbre de marcar pequeños objetivos. Ahora me he impuesto alcanzar los 6.200 o 6.300 metros, el lugar donde llevamos a cabo nuestro primer vivac hace un par de jornadas, el 4 de enero, aunque me parece que fue hace una eternidad.

Me gustaría tomar algo de aire bajo el prominente *serac* de ese punto. Recuerdo haber dejado algo de comida y algún cartucho de gas. He cargado con el infiernillo ligero, por si hay que fundir algo de nieve o hielo para seguir con la necesaria hidratación. Aunque creo que, más o menos, podré aguantar hasta llegar al campo base.

Estaremos a unos 6.500 metros, por lo que, si mi cabeza no se equivoca, hemos perdido ya unos 1.600 metros de desnivel desde la cumbre. Cuando andas por esas altitudes hay infinitas sensaciones que recorren tu cuerpo. Según bajamos, comenzamos a recuperar las constantes vitales. Creo que renacer debe ser algo parecido a esto, es como si despertaran tus músculos después de haber estado dormidos. Empiezas a notar que la energía corre por tus ve-



*Gigantescos seracs en la ascensión al Manaslu.*

Mientras parte del equipo reposaba con sus pesadas cargas, cuerdas, escaleras y demás, otros continuamos con la apertura de la ruta por los gigantescos seracs. Después de este bosque helado, llegamos a una rampa de nieve y hielo que acostumbra a sufrir el embate de las avalanchas. En la parte superior mostraba una terrible barrera de seracs que aparecían bastante rotos y, en algunas zonas, muy extraplomados. Estas características ya nos decían que en las horas en torno al amanecer y atardecer, momentos del día en los que la oscilación de temperaturas es mayor, el peligro era alto. Es decir, el hielo estaría, proba-

blemente, en movimiento constante y tendría instantes de contracción en los que estallaría de manera literal, como si alguien hubiera colocado una carga de explosivos. Esos estallidos suelen desencadenar las consiguientes avalanchas de bloques de hielo, una suerte de ríos de pedruscos helados de todos los tamaños, bloques que toman velocidad pendiente abajo, se llevan por delante lo que se encuentran y friccionan el terreno y los propios bloques, igual que sucede en los ríos y zonas de costa, donde la fuerza del agua moldea la forma de las piedras y da lugar a los cantos rodados.



Instalación fotovoltaica en el tejado del hospital.



Una placa fotovoltaica con acumulador y bombilla para cada alumno.

agradecimiento por parte del comité del pueblo y los habitantes de Seduwa. Nos fuimos todos a la escuela, porque habían preparado una gran fiesta con discursos, risas, abrazos, niños y niñas alborotados, cánticos y bailes... Migma hacía las delicias de todos, con su bombilla portátil, recargable gracias a las placas solares portátiles, con puntos de carga para USB. Repartimos el material donado por la fundación Eki, aunque desafortunadamente no había placas solares portátiles con sus respectivas bombillas para todos. Pero no importaba. Los que no recibieron nada también sonreían, estaban todos encantados, con los ojos radiantes.

Me resulta difícil resumir en palabras los momentos emotivos que vivimos, los cientos de sonrisas que se movían de aquí para allá, nos dolía la cara de tanto sonreír. Me sentí muy querido, era el mayor regalo recibido en aquellos dos meses largos desde que habíamos salido de casa. Se me olvidó que no habíamos llegado a la cumbre del Manaslu, en aquel momento no tenía ninguna importancia. Siempre que lo recuerdo me siento muy orgulloso de lo que hicimos. La verdadera cumbre fue el camino, una vez más.

Regresamos a Katmandú convertidos en taxistas, el todoterreno iba cargado a más no poder, no entraba ni un alfiler. Nos acompañaban varios jó-

venes que querían encontrar en Katmandú un futuro mejor de la mano de un trabajo remunerado. Entendía su razonamiento, agobiados por esa economía de subsistencia tan precaria habitual en las zonas rurales de Nepal, pero por otro lado pensaba en si eran conscientes de lo que hacían, de si no sería mejor que se quedasen en su aldea, junto a la familia, para cultivar el cereal y cuidar de sus animales. Es una vida simple, sí, basada en la autosuficiencia y la sostenibilidad, y, a mi entender, más feliz. Pero bueno, no nos compete decidir por ellos. Así que todos los pensamientos que me vieron a la cabeza durante el viaje, me los guardé para mí.

Nos acompañó una *ama*, abuela, en sherpa. La pobre mujer lo pasó fatal, mareada las veinte horas que duró el viaje, venga vomitar. Y eso que venía de copiloto. Iba a mi lado, con sus bolsas en la mano. Fue terrible.

Ya en Katmandú, nos preparamos para regresar a casa. Pusimos a secar y reparamos las tiendas, clasificamos el material, lo preparamos y etiquetamos para poder recogerlo bien y rápido al llegar, cenamos y reímos juntos... Esos últimos días fueron muy bonitos. Estábamos felices. No me considero un coleccionista de cumbres, vías u ochomiles, pero sí un coleccionista de viajes y vivencias. En este caso tenía unas buenas piezas para mi álbum de recuerdos.



*Estampa habitual: pala en mano para quitar la nieve del campo base.*



*Las tiendas quedaban enterradas cada noche.*

Cuando el tiempo es malo, los días corren a una velocidad increíble. Pero aún estábamos en enero y cabía pensar que en algún momento cambiaría la situación y dejaría de nevar.

–Venga chicos, ánimo, seguro que ésta es la última nevada –intentaba animar al equipo cuando nos reuníamos. Cualquier cosa con tal de mantener la calma y la esperanza.

Cada día teníamos entre treinta y sesenta centímetros más de nieve, y veíamos cómo se acumulaba la capa de nieve en las laderas del Manaslu. Cada vez eran más inestables y peligrosas. Por otro lado, apenas nos quedaba queroseno y para evitar problemas y que nadie se jugara la vida para subirnos provisiones, decidimos bajar todos a Samagaon. Se quedaron tres personas a modo de retén.

Fue una buena decisión que se vio confirmada cuando supimos que se había producido una avalancha que se había llevado por delante una tienda. A punto es-

tuvimos de tener un disgusto. Nos preocupamos por nuestros tres amigos, porque nos decían que estaba todo revuelto y estaban usando oxígeno... a punto estuvimos de ir para arriba. Pero, al final, reinó la cordura y mantuvimos la calma. Luego supimos que, en realidad, la avalancha no había llegado al campo base, que había sido la onda expansiva que había roto una de las tiendas auxiliares. Pero lo ocurrido originó un cierto caos en el campo base, algunos pasaron verdadero miedo, estaban hiperventilando, agobiados... y se había desmadrado un tanto el ambiente. Puesto que no había sucedido nada grave, decidimos quedarnos donde estábamos y esperar.

Esperar... Cualquier espera es desesperante. En este caso, empezó a asentarse entre los miembros del equipo la falta de motivación y, puesto que no veíamos ningún indicio de cambio o mejora, era difícil de gestionar. Yo lo llevaba bien, soy capaz de hacer frente con cierta tranquilidad a este tipo de situaciones, tal vez porque estoy acostumbrado a estar hasta tres meses fuera de casa en cada

y operar con los guantes interiores, lo que significa que hay que hacerlo muy rápido, sin pensarlo mucho. Los dedos se resisten a responder, están helados y no hemos hecho más que empezar. Primero, el crampón izquierdo, luego, el derecho. Listo.

Arrancamos Mayla y yo, seguidos de Mig-Themba, Lama y Magkpa. Cierran la fila Chhepal y Ang-Gyalu. Salimos muy rápido. Siempre pasa lo mismo. En estos primeros instantes vas como en un globo, sin tener claro el ritmo. Parece que la manera de asentarse y calmarse es correr rampa arriba. Los seis se ayudan con oxígeno artificial. Es su decisión, yo ni entro ni salgo. Pero me genera cierta ansiedad el hecho de si podré mantener el ritmo que marquen o si a las primeras de cambio me tendré que dar la vuelta. Me acuerdo de Simone. ¿Seré yo el siguiente en darse la vuelta? Si eso sucede, no hay problema, será porque no estoy a la altura de las circunstancias. “Pues sabía decisión, colega, y el resto del equipo rematará la faena”, me digo. Es obvio que, si eso sucediese, me daría pena no poder estar con ellos allí arriba. Pero me daría la vuelta, me metería en el saco y dormiría lo que no he dormido en las dos últimas noches. Así estaría fresco para poder echarles una mano en el regreso. “Alex, no adelantemos escenarios, ve paso a paso, déjate de conjeturas”, ese Alex interior siempre está al quite, más sereno que yo, y pone las cosas en su sitio.

Avanzamos por el primer tramo sin nada de cuerda, Soplabla el viento, pero nosotros íbamos tranquilos.. “Demasiado tranquila para cosa buena”. ¿Para qué pensaré tanto y tan mal? Chhepal alza la voz.

–Voy sin oxígeno, no me funciona bien la válvula –me parece que está tenso–. Me voy a dar la vuelta, voy a bajar.

–¡Hey, Chhepal! ¡No me jodas! ¡Pero si acabamos de salir! Vamos a intentarlo, venga, que yo también voy sin oxígeno suplementario y si yo puedo, tú también. ¿Cómo te vas a dar la vuelta? Sé que te pongo en un compromiso, pero prefiero que llegues tú conmigo arriba, eres con el que he compartido más años. Igual que vosotros dijisteis que os sentíais más cómodos si intentábamos la cumbre hoy, yo te digo ahora que me siento más cómodo si seguimos escalando juntos.

Chhepal conversa con Ang-Gyalu, que le manda a paseo, como es lógico. Están los seis muy motivados, se les ve súper fuertes e ilusionados. Hablan entre ellos, diría que discuten, y, tras unos minutos que a mí se me hacen eternos, parece que deciden compartir botellas, máscaras y regulador. No puedo dar opinión al respecto ya que en este tema de las botellas soy un inútil, apenas tengo experiencia. Poco, o más bien nada, puedo aportar.

Retomamos la escalada y parece que la calma se instala de nuevo en nuestro camino. No dura mucho, parece ser que tendremos una noche llena de sorpresas. La botella de oxígeno de Mayla empieza a silbar de manera violenta. Empieza a



Accedemos, por fin, al tramo con cuerda fija (6.100 m).

perder oxígeno y parece que va a explotar. Me da un susto de muerte. Él se quita la mochila rápidamente, también las manoplas, y empieza a desenroscar de la botella una pieza cilíndrica de unos diez centímetros. No me quiero ni imaginar el dolor que siente al estar sin manoplas y manipular esa pieza con el frío que hace. Lo consigue colocar. El frío juega estas malas pasadas. Aún no hemos remontado ni cincuenta metros de desnivel. Está claro que la noche va a ser movidita.

A pesar de todo, seguimos escalando a buen ritmo. Voy muy sereno. Por un momento pienso si no será que el miedo me ha ganado la partida, que por eso voy tan tranquilo. Es extraño. Tengo la sensación de ir bastante despierto y muy consciente de la situación.

En estas estoy cuando me empieza a agobiar el calor. Llevo puesta por fuera del mono de plumas una chaqueta nueva. Me da mucho calor y me siento incómodo desde hace un rato. Resulta curioso cómo me agobia mucho más este calor que el frío terrible. Con las manos y los pies no pasa lo mismo. Hay momentos